

DESAPARECIDO

LOS IMPERDIBLES

OTROS LIBROS DE
C. L. TAYLOR EN DUOMO:

Los confines del silencio

C. L. TAYLOR

DESAPARECIDO

Traducción de Begoña Prats Rojo



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2017

Título original: *The Missing*

© 2016, C. L. Taylor

© 2017, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

© 2017, de la traducción: Begoña Prats Rojo

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20, 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-1663-469-9
CÓDIGO IBIC: FA
DLB 8850-2017

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
David Pablo

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A mis difuntas abuelas
Milbrough Griffiths y Olivia Bella Taylor

Jueves 5 de febrero de 2015

Jackdaw44: *¿Te apetece jugar?*

ICE9: *No.*

Jackdaw44: *No es nada de sexo.*

ICE9: *¿De qué es?*

Jackdaw44: *Son preguntas. Me aburro. Va, será divertido.*

ICE9: *...*

Jackdaw44: *Me lo tomaré como un sí. Vale, primera pregunta. ¿Qué prefieres, quedarte sorda o quedarte ciega?*

ICE9: *Ya ves, sí que te aburres. Sorda.*

Jackdaw44: *¿Qué prefieres, ahogarte en un río o arder en un incendio?*

ICE9: *Ninguna de las dos cosas.*

Jackdaw44: *Tienes que elegir.*

ICE9: *Ahogarme en un río.*

Jackdaw44: *¿Qué te entierren o que te incineren?*

ICE9: *No me gusta este juego.*

Jackdaw44: *No pasa nada. Sólo intento conocerte mejor.*

ICE9: *Pues lo haces de una manera muy rara.*

Jackdaw44: *Te quiero. Quiero saberlo todo sobre ti.*

ICE9: *Que me entierren.*

Jackdaw44: *¿Ser un personaje infame o que se olviden de ti?*

ICE9: *Que se olviden de mí.*

Jackdaw44: ¿¿¿En serio???

ICE9: Sí.

Jackdaw44: *Yo preferiría mil veces ser un personaje infame.*

ICE9: *No me sorprende nada.*

Jackdaw44: *¿Llorarás en mi entierro o te guardarás las lágrimas para cuando estés sola?*

ICE9: ¿¿¿¡QUÉ!!?? *Deja de ser tan morboso.*

Jackdaw44: *No lo soy. Sólo te estoy preparando.*

ICE9: *¿Para qué?*

ICE9: *¿Hola?*

ICE9: *¿HOLA?*

Capítulo 1

Miércoles 5 de agosto de 2015

¿Qué ropa te pones para enfrentarte al objetivo de una cámara y suplicar que alguien, quien sea, por favor, por favor, te diga dónde está tu hijo? ¿Una blusa? ¿Un jersey? ¿Armadura?

Hoy es el día del segundo llamamiento televisivo. Han pasado seis meses desde que mi hijo desapareció. ¿Seis meses? ¿Cómo ha podido pasar tanto tiempo? La terapeuta a la que empecé a ir cuatro semanas después de que se lo llevaran me dijo que el dolor se apaciguaría, que nunca sentiría su pérdida con tanta intensidad como aquel primer día.

Mentía.

Tardo prácticamente una hora en poder mirarme al espejo del dormitorio sin llorar. Mi pelo, que me corté al estilo duende la semana pasada, no encaja con mi cara ancha y angulosa, y los ojos se me ven oscuros y hundidos bajo el nuevo flequillo. La blusa que anoche consideré aceptable y presentable de repente me parece fina y barata; la falda de lápiz hasta las rodillas, demasiado ceñida a mis muslos. Las cambio por unos pantalones azul marino y un jersey gris claro. Elegante, pero no demasiado; seria, pero no sombría.

Mark no está en el cuarto conmigo. Se ha levantado a las 5:37 y se ha escabullido silenciosamente de la habitación, sin hacer caso al leve gruñido que he soltado al ver la hora en el

despertador. Anoche, al meternos en la cama, nos quedamos tendidos en silencio uno al lado del otro, sin tocarnos, demasiado tensos para hablar. El sueño tardó mucho en llegar.

No he dicho nada cuando Mark se ha levantado. Siempre ha sido mañanero y le gusta disfrutar de una hora o así de soledad para vagar por la casa antes de que todo el mundo se levante.

En nuestra casa había siempre tanto alboroto por las mañanas... Billy y Jake se peleaban por quién usaba antes el baño y luego, cuando volvían a su cuarto a cambiarse, subían al máximo el volumen de sus radiocasetes. Yo golpeaba la puerta de su habitación y les gritaba que bajaran la música. Mark nunca ha llevado muy bien el ruido. Cada semana se pasa horas conduciendo de ciudad en ciudad como parte de su trabajo como representante farmacéutico, pero siempre en silencio: para él, nada de música, audiolibros ni radio.

—¿Mark?

Son las 7:30 cuando entro lentamente en la cocina, asegurándome de no pisar la baldosa rajada junto a la nevera para que no se me enganchen los calcetines de media. Hace tres años, Billy abrió la nevera y se cayó una botella de vino, que rajó las baldosas que Mark había terminado de colocar el día anterior. Le dije que había sido yo.

—¿Mark?

La tetera aún está caliente, pero no hay ni rastro de mi marido. Asomo la cabeza por la puerta del salón, pero tampoco está ahí. Regreso a la cocina y abro la puerta trasera, que da al camino que recorre el lateral de la casa. La puerta del garaje está abierta. Me llega el renqueo del cortacésped al encenderse.

—¿Mark? —Introduzco mis pies en un par de deportivas del 44 que alguien ha abandonado junto al felpudo y me deslizo por el camino hacia el garaje. Es agosto y el sol está ya alto; el parque del otro lado de la calle es un tumulto de co-

lor y nuestro césped está mojado por el rocío—. No estarás pensando en cortar el césped...

Me detengo en seco en la puerta del garaje. Mi alto y rubio marido está inclinado sobre el cortacésped con su mejor traje azul marino y una grasienta mancha negra de aceite justo por encima de la rodilla de la pernera izquierda de su pantalón.

—¡Mark! ¿Qué diablos haces?

Él no levanta la mirada.

—Revisando el cortacésped.

Vuelve a dar un tirón de la cuerda y la máquina suelta un gruñido de protesta.

—¿Ahora?

—Hace un mes que no lo uso. Si no le hago una revisión, se oxidará.

No sé si reír o llorar.

—Pero Mark, hoy es el día del llamamiento de Billy.

—Sé qué día es.

Esta vez levanta la vista. Tiene las mejillas sonrojadas y hay una película de sudor que se extiende desde sus gruesas y despeinadas cejas hasta la línea de su pelo, que cada vez está más retrasada. Se pasa una mano por la frente y luego se la seca en la pernera del pantalón, frotando el sudor con la mancha grasienta de aceite. Tengo ganas de gritarle que ha echado a perder su mejor traje y que no puede hacer el llamamiento de Billy de esa guisa, pero hoy no es día para una discusión, así que en lugar de eso respiro hondo.

—Son las siete y media —digo—. Tenemos que salir dentro de media hora. El detective Forbes dijo que se reuniría con nosotros a las ocho y media para repasar algunas cosas.

Mark se frota la parte baja de la espalda con el puño cerrado al tiempo que se pone de pie.

—¿Jake está preparado?

–Creo que no. Cuando he bajado tenía la puerta cerrada y no he oído voces.

Jake comparte habitación con su novia Kira. Empezaron a salir en el colegio, cuando tenían dieciséis años, y llevan tres juntos, los últimos dieciocho meses compartiendo cuarto en nuestra casa. Jake me suplicó que la dejara quedarse. La afición a la bebida de la madre de Kira había empeorado, y había empezado a agredirla física y verbalmente. Jake me dijo que, si no dejaba que se quedara a vivir con nosotros, tendría que trasladarse a Edimburgo con su abuelo y no podrían verse nunca.

–Bueno, si a Jake no se le puede molestar para que se levante, iremos sin él –dice Mark–. No tengo energía para enfrentarme a él. Hoy no.

Antes era Billy quien decepcionaba a Mark. Billy con su actitud de «me importa una mierda» hacia la escuela y su certeza de que la vida le debía fama y fortuna. En comparación, Jake era siempre el niño perfecto. Se esforzaba en la escuela, se sacó el certificado de secundaria con notas entre un nueve y un seis, y obtuvo un grado de electricista con muy buenas calificaciones. Hoy en día tenemos que lidiar con llamadas debidas a las ausencias de Jake en el trabajo, no a Billy.

Yo tampoco tengo energía para lidiar con Jake, pero no puedo limitarme a encoger los hombros como Mark. Tenemos que presentar un frente unido ante los medios. Tenemos que estar todos ahí, sentados hombro con hombro tras la mesa. Una familia fuerte, por lo menos en apariencia.

–Me vuelvo a casa. Te sacaré el otro traje del armario –digo, pero Mark ha vuelto a centrar su atención en la máquina cortacésped.

Regreso al camino arrastrando los pies, mientras los enormes zapatos de Jake dejan un rastro en la grava, y alargo la mano para coger el pomo de la puerta trasera.

Oigo el grito en el momento en que la empujo.

Capítulo 2

—¡Jake, dámelo!

El chillido de Kira baja por las escaleras y en la habitación de arriba se escucha un fuerte golpe cuando algo, o alguien, cae al suelo.

Me saco los zapatos de Jake de una patada y subo los peldaños de dos en dos, atravieso el descansillo y entro volando en su habitación sin pararme a llamar. Hay una ráfaga de actividad cuando Kira y Jake se alejan uno del otro de un salto. Con su escaso metro cincuenta y el pelo rubio que le cae por debajo de los hombros, Kira parece diminuta, una muñeca con sus braguitas rosas y una camiseta blanca ceñida. Jake lleva el pecho descubierto y va desnudo a excepción de unos calzoncillos negros que le cuelgan de las caderas. Tiene los hombros y el torso tan amplios y musculados que da la sensación de llenar la habitación. A sus pies hay una botella destrozada de la que se derrama un líquido marrón pálido sobre la moqueta beis. Hay esquirlas de cristal sobre el montón de pesas, al lado.

—¡Mamá!

Jake se aparta de Kira de un salto y planta su pie derecho sobre la botella rota. Suelta un gemido de angustia cuando una esquirla de vidrio transparente se le clava en la planta.

–¡No! –grito, pero él ya se la ha arrancado.

La sangre, de un rojo intenso, empieza a chorrear, le cubre los dedos y gotea en la carpeta.

–¡No te muevas! –Me lanzo hacia el baño y cojo la primera toalla que veo.

Al volver al cuarto, Jake está sentado en la cama; con una mano se agarra el tobillo y con la otra presiona la herida. La sangre se le escurre entre los dedos. Kira, que sigue de pie en medio del cuarto, tiene la cara blanca. Avanzo con cuidado entre los trozos de cristal roto del suelo y luego me pongo en cuclillas sobre la alfombra, delante de Jake. Apesta a alcohol.

–Suéltalo.

Esboza una mueca al separar los dedos del pie. La herida no hace más de medio centímetro, pero es profunda y la sangre sigue manando. La envuelvo con una toalla tan apretada como puedo, en un intento por detener el flujo.

–Sujétala ahí. –Le indico a Jake con un gesto que presione la toalla con las manos–. Tengo que encontrar un impermeable.

Segundos después estoy de vuelta en la habitación intentando asegurar el vendaje casero alrededor del pie de mi hijo. Bajo sus ojos hay círculos oscuros y se le marcan demasiado los pómulos bajo la piel. Mark y yo no somos los únicos que no han dormido esta noche.

–¿Qué ha pasado, Jake? –pregunto con cautela.

Él mira más allá de mí, a Kira, que se está poniendo algo de ropa. Ella abre los labios y, por un segundo, creo que está a punto de hablar, pero entonces baja la vista y se escurre dentro de los vaqueros. Abajo, la puerta trasera se abre con un golpe sordo cuando Mark regresa a la casa, y se oye un ruido de «clic, clic» mientras camina arriba y abajo sobre las baldosas de la cocina. Dentro de un minuto estará aquí arriba, preguntando a qué se debe el retraso.

Olisqueo a Jake. Su aliento tiene un olor acre.

–¿Has estado bebiendo ese ron antes de que yo entrara?

–¡Mamá!

–¿Qué? ¿Lo has hecho?

–Ayer por la noche me tomé algunos, nada más.

–Y luego unos cuantos más. –Extraigo un gran trozo de cristal de la moqueta. La mayor parte de la etiqueta sigue pegada–. ¿En qué diablos pensabas?

–Estoy estresado, ¿vale?

–No tengo suficiente para un taxi –dice Kira en tono quejumbroso, mientras mete la mano en el bolsillo de los vaqueros y me muestra la palma con monedas sueltas.

–¿Claire? –La voz de Mark retumba por las escaleras–. Son las ocho. Tenemos que irnos. ¡Ya!

–Yo también tengo que irme –dice Kira–. Hoy hay una excursión a Londres con la universidad; vamos a la National Portrait Gallery y se supone que tengo que estar en la estación de tren a las ocho y media.

–Vale, vale –Le hago un gesto para que no se deje llevar por el pánico–. Dame un segundo. ¿Mark? –Salgo al descansillo y grito escaleras abajo–: ¿Tienes suelto?

–Unas tres libras –me contesta Mark también a gritos–. ¿Por?

–No importa.

–Vale.

Vuelvo a entrar en la habitación de Jake.

–Kira, yo te llevaré a la estación. En cuanto a ti, Jake... No hay sangre en la toalla que le he sujetado alrededor del pie, pero aun así hay que lavar la herida y ponerle la vacuna del tétanos. Si tuviera tiempo dejaría primero a Kira en la estación y luego llevaría a Jake al médico, pero eso significaría volver sobre mis pasos y no puedo llegar tarde al llamamiento. ¿Por qué ha tenido que pasar precisamente hoy?

–Vale. –Tomo una decisión rápida–. Jake, quédate aquí y despéjate, y te llevaré al médico cuando vuelva. Si necesitas algo, Liz está aquí al lado. No irá a trabajar hasta más tarde.

–No, voy contigo. Necesito ir a la conferencia de prensa.

Jake hace una mueca de dolor al coger impulso para levantarse de la cama y se sostiene de un salto sobre su pie bueno, así que quedamos cara a cara. A diferencia de Billy, que dio un estirón al cumplir los doce, la altura de Jake nunca ha superado el metro setenta. Los chicos eran incapaces de discutir sin que Billy dejara caer una pulla mordaz sobre la estatura de su hermano mayor. Jake contraatacaba y entonces se desencadenaba la Tercera Guerra Mundial.

–¡Claire! –vuelve a gritar Mark, esta vez más alto. Se pondrá como un loco si ve el estado en que se encuentra Jake–. ¡Claire! El detective Forbes está aquí. ¡Tenemos que irnos!

–No vas a ir a ninguna parte –le siseo a Jake mientras Kira adopta una expresión de disculpa y se escurre hacia la puerta. Se pone de puntillas pegada al armario de la ropa blanca del descansillo, se enfunda en el abrigo y luego hurga en los bolsillos.

–Billy era mi hermano –dice Jake. Se le descompone el rostro y parece un niño de nuevo, pero entonces un tendón le late en el cuello y él levanta la barbilla–. No puedes impedirme que vaya.

–Has bebido –digo con toda la compostura de la que soy capaz–. Si quieres ayudar a Billy, lo mejor que puedes hacer en este momento es quedarte en casa y dormir la mona. Hablaremos cuando vuelva.

–¡Claire! –grita Mark desde lo alto de las escaleras.

–Mamá...

Jake alarga la mano hacia mí, pero yo ya estoy a medio camino de la puerta. La cierro de un portazo a mi espalda justo cuando llega Mark.

–¿Jake está listo?

–No se encuentra bien.

Apoyo las palmas de la mano en la puerta.

–¿Qué le pasa?

–Le duele la barriga –dice Kira; su hilillo de voz atraviesa la incómoda pausa–. Se ha pasado toda la noche despierto por eso. Debió de ser el *vindaloo*.

Le dedico una mirada de agradecimiento. Pobre chica, atrapada en nuestro drama familiar precisamente cuando la razón para que se viniera a vivir con nosotros era escapar del suyo.

Mark contempla la puerta cerrada a mi espalda y luego cruza su mirada con la mía.

–Entonces, ¿nos vamos?

–Tengo que dejar a Kira en la estación de tren para su excursión. Ve tú con el detective Forbes y yo me reuniré con vosotros allí.

–¿Qué impresión dará eso? ¿Que lleguemos por separado? –Mark mira a Kira–. ¿Por qué no dijiste nada de esta excursión ayer por...? –Suspira–. No importa; olvídalo. Nos vemos allí, Claire.

No se ha cambiado de pantalón. La mancha grasienta de aceite sigue siendo visible, una marca oscura en su muslo izquierdo, pero no tengo valor para señalárselo.

Capítulo 3

Ninguna de las dos dice una palabra mientras nos apretujamos en el coche y enciendo el motor. El silencio continúa mientras pasamos junto al centro comercial de Broadwalk y bajamos por Wells Road. Sólo cuando paro en el semáforo del cruce de Three Lamps y Kira saca su iPod del bolsillo de la chaqueta, me decido a hablar.

—¿De qué iba eso?

—¿Perdona? —Me mira con expresión de alarma, como si hubiera olvidado que estoy sentada a su lado.

—Jake y tú, hace un momento.

—Sólo era... —Contempla el semáforo en rojo como si deseara que se pusiera verde. Sin su grueso *eyeliner* negro y su generosa aplicación de polvos de efecto bronceado, su cara en forma de corazón se ve pálida y la nube de pecas que cubre su nariz la hace parecer más joven de lo que es—. Sólo... una cosa..., nada, una discusión.

—Parecía algo serio.

—Se nos ha ido de las manos, eso es todo.

—Me imagino que Jake no se acostó anoche.

—No. No lo hizo.

—Oh, Dios. —Suspiro hondo—. Ahora estoy aún más preocupada por él.

–¿Ah, sí?

Siento un pinchazo de dolor al ver la expresión de sorpresa en sus ojos.

–Claro. Es mi hijo.

–Aunque no es Billy, ¿no?

–¿Qué se supone que significa eso?

–Nada. Lo siento. No sé por qué lo he dicho.

Espero a que diga algo más, pero no llega ninguna palabra. En lugar de eso, mete la mano en su mochila, saca un *eyeliner* negro y baja la visera del coche. Separa los labios mientras dibuja un grueso círculo negro alrededor de cada ojo y luego se aplica con unos toquitos corrector en una zona de piel elevada y enrojecida cerca de su sien derecha. Parece ser un moretón incipiente.

El semáforo se pone en ámbar y luego en verde, y piso el acelerador.

Ninguna de las dos habla durante unos minutos. Desvió la vista hacia Kira, al chichón en su sien, y se me hace un nudo en el estómago.

–¿Jake te ha pegado?

–¿Qué?

–Cuando estabais peleándoos por la botella. Tienes un morado en la cara. ¿Te ha pegado?

–¡Dios, no!

–¿Y cómo te has hecho el morado?

–En la discoteca, ayer por la noche. –Baja la visera y se inspecciona el costado de la cabeza, presionándolo con el índice derecho—. Se me cayó el móvil y me di un golpe en la cabeza con la esquina de una mesa al agacharme a recogerlo.

–Kira, sé que no soy tu madre, pero eres lo más parecido a una hija que tengo y si creyera que alguien te está haciendo daño...

Cierra la visera de una manotada.

–Jake no me ha pegado, ¿vale? Nunca haría algo así. No me puedo creer que hayas dicho algo así de tu propio hijo. Aprieto el volante con más fuerza.

–Lo siento –se disculpa rápidamente–. Sé que intentas cuidar de mí, pero...

–Olvidalo. –Reduczo la velocidad a medida que nos acercamos a la rotonda–. Sólo dime una cosa: ¿cuánto hace que bebe por las mañanas?

No me contesta.

–Kira, ¿cuánto?

–Sólo hoy. Creo.

–¿Crees? –No puedo disimular la incredulidad en mi voz. Pasan juntos cada minuto que están despiertos. ¿Cómo podría no estar segura respecto de algo así?

–Sí.

Cierra la cremallera de su bolsa de maquillaje y mira por la ventanilla mientras el coche rodea la rotonda y nos acercamos a Bristol Temple Meads. Al tiempo que activo el intermitente izquierdo, entro en la estación y aparco el coche, no puedo evitar escrutar la pequeña aglomeración de gente que hay alrededor de la estación, en el exterior, fumando cigarrillos y haciendo cola para coger un taxi. Soy incapaz de ir a ninguna parte sin buscar a Billy.

–¿Crees que tiene un problema con la bebida?

–No. –Niega con la cabeza al tiempo que se desabrocha el cinturón de seguridad y abre la puerta–. No es alcohólico, si te refieres a eso. Abrió el ron cuando llegamos a casa de la discoteca. Estaba nervioso y no podía dormir.

–¿Por el llamamiento de Billy?

–Sí.

Levanta un pie de la alfombrilla del acompañante, lo apoya en el pavimento del exterior y contempla con anhelo la entrada de la estación de tren.

–¿Kira? –Me inclino a través del coche y le toco el hombro—. ¿Hay algo de lo que quieras hablar conmigo?

–No –contesta ella.

Luego salta fuera del coche, con la mochila y la bolsa de maquillaje apretadas contra el pecho, y sale disparada hacia la entrada de la estación antes de que yo pueda decir nada más.